

TÍTULO

## La forma de vida de las hojas. Por Laura Isola

LA FORMA DE VIDA DE LAS HOJAS — ALMANAQUE FOTOGRÁFICA

MÉXICO, 2023

“Estoy seguro de que tú sí serías capaz de dormir en esta choza en medio de la selva, como en la que yo viví el primer año en mi hacienda cafetalera de la sierra de San Luis Potosí. Estoy seguro de eso. Después de todo, eres inglesa, eres un ladrillo, no como otros extranjeros. Creo y lo afirmo, junto con Beatrice Lillie y Rudyard Kipling, que no hay nada como un inglés cuando se trata de salir bajo el sol del mediodía”, escribió Edward James en una de las cartas de la frondosa correspondencia que tuvo con Leonora Carrington. Ella que había pasado mucho tiempo de su infancia atada a un árbol en un pueblo inglés donde había nacido y azotada, como San Sebastián, por su hermano y unos salvajes amigos, ya había llegado a México. Este país sería su destino final, luego de una fuga que parecía sin fin que incluyó Lisboa, Nueva York y que, para el momento que empezó la Segunda Guerra Mundial, la imaginativa pintora y no menos creativa escritora, ya era una señorita que había pasado por varios internados y estaba en París de la mano de Max Ernst.

Pero en 1939, Ernst fue apresado y Leonora huyó a España. En el autorretrato de 1936, al filo de lo que sería el comienzo de su nomadismo, se pinta a sí misma en un ambiente cerrado pero con la ventana abierta. La cabellera descontrolada se contrapone al trazo fino y apaciguado. Con el que dibuja y pinta los personajes que salen de sus sueños, se mezclan con la tradición celta y se embadurnan de lecturas fantásticas y esotéricas.

Un surrealismo aprendido entre la ocupación nazi de Francia y el vagabundeo obligatorio del siglo pasado. Sin embargo, México fue definitivo y la combinación entre la ascesis sajona con el desborde azteca hacen que sus pinturas puedan recortarse de un continuum estético y se vuelvan perfectamente identificables. Porque Carrington es al surrealismo lo que su coterráneo y exilado Lowry, borrachísimo autor de la monumental novela *Bajo el volcán*, es a la novela del XX: la mejor forma inglesa de ser mexicano.

O porque era más fácil ser un buen inglés fuera de Inglaterra, en medio de la selva, como le escribió James, su gran amigo, también británico, que otra de las coincidencias que tuvo con Carrington fue la elección de las tierras aztecas para cumplir la fantasía de una existencia en libertad, sin convenciones, un poco fuera del mundo.

Para ello, además del viaje indispensable, el poeta, escultor, mecenas, muy ligado a movimiento surrealista, construyó un jardín que dotó de deliciosas esculturas, de las maravillas de sus tallas que refieren todo el tiempo a Leonora. Esto fue en 1944 en un terreno a la orilla del río Santa María en Xilitla, territorio huasteco, al noroeste de México.

En las imágenes de Jorge Miño realizadas en Las Pozas, “El Jardín del Edén” de Edward James, se vuelve a dar ese encuentro entre el surrealismo y la naturaleza desbordante. En el principio, el artista hizo un viaje real al lugar para documentar, como si fuera un naturalista, un pintor viajero, las hojas y los árboles, las esculturas y las ramas. Recabó la información de los tantos tonos de verdes, de las formas de la flora, volúmenes y alturas pasaron por la lente de su cámara.

El segundo viaje de Miño es imaginario. En algunas de las imágenes está el controlado encuentro fortuito entre el follaje y algunas obras emblemáticas de Roberto Aizenberg, un pintor argentino que perteneció a la segunda corriente surrealista. La operación, entonces, es superponer épocas y tradiciones, figuras y colores, países y artistas. Miño utiliza su ojo experto para ver qué hay entre la fronda. Como un aventurero, desafía en camino trazado y busca nuevos límites y encuentro de contrarios en el pensamiento. El artificio de categorías montadas y añadidas resignifica y proyecta una operación que podría continuarse y ser ella misma una versión del surrealismo. Es cita y acto creativo, al mismo tiempo.

En otra de las cartas que le manda James a Leonora, se puede leer: “La semana pasada que escalaba sobre una vereda dentro de la densa jungla, en mi camino de bajada hacia la parte inferior de mi rancho, por una vereda de escaleras labradas en la roca y protegido del sol por una cúpula de gigantescos árboles tropicales, de un jalón me vino a la mente enterito el poema que te estoy enviando:

Hojas, hojas, hojas; toda forma concebible  
Forma de hoja y alma de hoja y espíritu de forma  
Y forma de vida de hoja en la hoja del amor y la hoja del corazón  
Y la hoja de la sangre y la hoja del cerebro y las hojas  
Que son como manos y la hoja en forma de labio  
Boquiabierta escuchando en los bosques de Xilatoyan  
Sobre las ruinas de Taziol, la poderosa ciudad

La espesura, lo abigarrado, las capas de sentido encimadas, las referencias que se cubren y descubren le adhieren a esta región, zona de deriva, periplo de descubrimiento, otro manto. La lectura que hace Miño con estas imágenes sacude y revive al ecosistema de artistas, textos y obras que están en el aire. Los cataliza para evocarlos; para transformarlos en precursores y darse su propio camino.